

Recordando a Enrique Lihn

Por Enrique Molleto

CONOCI a Enrique Lihn de poco más de veinte años, en los años del periódico "El Diario Ilustrado", donde acudíamos a entregar nuestros trabajos a Lautaro García, subdirector del diario. Éste, quien había sido un famoso cazador, nos dispensaba un trato paternal. Mientras examinaba aquellos dibujos de Enrique Lihn que ilustraron algunos cuentos en la primera plana, emitía uno "ah" y uno "ah" que eran oídos en todas las dependencias del diario.

Esas ilustraciones ejercían una atracción hipnótica cuando el observador descubría si seguir un trazo cualquiera que éste no tenía fin, y como el hilo de Ariadna, era posible llegar hasta el fondo de las intrincadas figuras que recordaban los papeles de virtuosos.

Por cierto que los primeros contactos fueron de reciprocidad desconfianza. Creo que el curule y la cortaba le hicieron pensar en una obsesividad más por lo establecido, que el rechazaba viniendo con espontáneo desahogo. Su aversión contra la ciudadanidad, oscura y banal era probablemente el término visible de un quebranto interior, fruto del difícil acomodo entre vida y arte, equilibrio en el que iba consiguiendo separación pero a expensas del tiempo, que sabía valioso y no desechable. Finalmente fue esta contradicción que lo llevó a más de algún exceso, los que, sin embargo, nunca alcanzaron a obstaculizar su laboriosidad. Los cumplimientos fueron muchos pero duraron poco, como cuando se suó a una troupe circoense o fue a refugiarse al interior de la Vega Central con el entonces elegante poeta Ruperto Lladó, para quien la aventura estaba de sobre recompensada con sólo ver montado el más puro asombro en las caras de esas dueñas de casa, que luego de dar una propina por el "acero", recibían copiosos agradecimientos en lenguas francesas. Sin embargo, salió a la superficie tras una inmersión de algunos días en el submundo que tarea posible para Enrique Lihn, no así para Ruperto que pagaría después por no desahogarse de "enfant gâté".

Ya en esa época a Enrique se le conocía como el poeta Lihn, reconocimientos espontáneos que los escritores tributaban a muy contados colegas. Así, hay un poeta Arcebe, un poeta Rubin, un poeta Cardenas, pero Lihn era el "poeta" por antonomasia. Parecía que todo su cuerpo y su vestimenta proclamaran el atributo conseguido aun antes de que apareciera "Nada se esconde", su primer libro.

Con el tiempo, fuimos grandes amigos. Formamos parte del directorio de la Sociedad de Escritores de Chile.

Esta hacedor mental, que no siempre es buena consejera de la creatividad más ligada al sentir que al conocer, llevó, sin embargo, a Enrique Lihn hacia una brillante, rica y particular prosa, acaso la mejor entre nuestros escritores.

● Lihn era el poeta por antonomasia. Parecía que todo su cuerpo y su vestimenta proclamaran el atributo conseguido aun antes de que apareciera "Nada se esconde", su primer libro.

graba mucho éxito en sus relaciones con los buenos poetas y su vida mejor dispuesta con los poetas menores a quienes ayudaba prolongándose sus libros. Para convertirse a Lihn y poderlo arrastrar las veces que íbamos a la casa de Pablo, partí minimizando lo que llamó los "buses de pollo" que Neruda iba a lanzarlo en forma de obsequio, dichos como al pasar y con la misma intención que desde las mesas de campo se alimentan a perros y gallos. Entre risas y "buses de pollo" conseguí una cierta simpatía y al fin no llegaron a ser verdaderos amigos, se los arreglaron para animar conversaciones, apelando a las grandes dotes de sociabilidad que ambos tenían.

Asombrosa era la capacidad de Enrique Lihn, como "convencedor de aguas profundas", capacidad que yo atribuía a su "maldito origen alemán". Conforme a su identidad mental, solía recurrir a intuiciones o iluminaciones, iluminaciones así, halitones o más bien subterfugios que desconcertaban las argumentaciones de Enrique Lihn, cuya desarrollo iba enmascando con nuevas promesas que luego defendía con calor. Recuerdo conversaciones torrenciales a lo largo de la playa de Lencuza, que recordamos acompañados de Sergio Insua, y Aida, su mujer, discutiendo todos al mismo tiempo sobre el valor de la libertad.

Esta hacedor mental, que no siempre es buena consejera de la creatividad más ligada al sentir que al conocer, llevó, sin embargo, a Enrique Lihn hacia una brillante, rica y particular prosa, acaso la mejor entre nuestros escritores (que me perdieron Mauricio Wacquez, Adolfo Cova, Cecilia Casanueva, los dos Valdés, Jaime Quenada y otros notables que "amen las palabras" como poeta Dylan Thomas).

En este terreno Enrique Lihn era un "buenhechor", un buenador como dicen los elementos, cuando hacen del verbo suches el participio presente y lo usan substantivado, tratando de encontrar la expresión adecuada para un afán creativo que desborda su sensibilidad. Más de una vez him y reino el curso de los libros, del comic, de la pintura y la pantomima, haciendo de "sacar el grillo a la piedra", según decía Miguel Ángel.

Pero fue la palabra escrita que lo condujo a una inconmensurable superioridad expresiva y no la primera veracidad del word-show. En este ejercicio observamos que debe recurrir a las frases de larga aliento para asogar el embate, también de largo aliento, de sus reflexiones. La hacedor crea profundo en Lihn y torna la materia literaria en una densa substancia.

Así va identificando una modalidad propia, símbolos de contenido y expresión y lo consigue con lo que yo llamaría "la consagración de la palabra", aludiendo a la utilización mendida, casi avara, siempre minuciosa que hace del vocablo, hasta conseguir una fluidez y transparencia en la que pasa inadvertido el andamiaje que sustentó. Luego, los hallazgos expresivos complementan la sencillez de sus recursos.

693657

Enrique Lihn

El poeta Enrique Lihn.

done en proyecciones estáticas que lo aproximan al expresionismo alemán de transición.

Tan importante como los "word-show" fue el filme, especie de "diversión", un grotesco que sin continuidad narrativa entre los "récords", pero con un mensaje unitario que otorgaba cohesión y organización expresiva, cuya mecánica vivió curiosamente a esquivar las "estaciones" del expresionismo alemán. En esta película tuvo Lihn ocasión de lucir sus dotes narrativas, que evidenciaban su pasado de mimo y su inconformidad por Charlie. El filme incluía algunas penalidades que el propio Felipe habría aplazado sin reservas y la buena cámara de Humberto Ronderos que no dispuso ni siquiera de iluminación. Dentro de esta pobreza, Lihn intentó verse en las corrientes que manipulan el video, impulsado por la naturaleza prometedora que tiene este medio para concitarlos masivamente. Ya en ocasiones muy lejanas Lihn había manifestado su desencanto por la eterna circulación de su obra y de toda obra impresa. Promete dejar la poesía. Afortunadamente no cumple, pero su vuelta en un plan de relaciones masivas. En estas algunas veces conoce mucha gente e incluso puede renovar sucesivamente el "parque afectivo" del otro sexo.

Al pasar, el tiempo fue resaca de muchas maneras. Desde la época de Carlos Faj a la de Cristián Huneeus, pasando por Jorge Eliot y Raimundo Chaigneau, fueron muchos los amigos que se dejaron. No sólo ellos, todo un mundo de escritores y críticos que en cierto modo forman el "habitué" del hombre de letras. Basta recordar el ruido que formaban los sábados por la mañana en el café San Pablo de calle Huérfanos. Primero fue Mario Riquelme, luego Jaime Lazo y Carlos de Riquelme, después Raimundo Chaigneau y el propio Ricardo Larraín. Posteriormente Enrique Belli, Elio Rodríguez, Armando Casagasti. De las mesas vecinas dijeron adios el solitario Tomás Cid y Braulio Arévalo, quien se sentaba con los ajedrecistas. Por último, se fue el propio San Pablo en una bolina de polvo que dejó la desamación. "El tiempo que todo destruye" canta Carlos Gardel y repite Jaime Lazo con su buena voz, tal vez pensando la nueva destitución que le da el Ministerio de Relaciones Exteriores. Desde Unalúa me escribirá diciéndome que se encuentra en un pueblo con mil habitantes y ningún alma.

Fueron así, muchos los escritores que impulsaron a Enrique Lihn hacia una actividad febril, en la que la muerte lo sorprendió.

Algunas hermanas de Enrique habían nacido en el palacio Mac Chare, en una época de esplendor de los Lihn Belli. Sus padres y tío eran agraciadas personas de exquisito trato, quienes se divertían haciendo espiritismo, gracias al poder telepático que uno de ellos poseía en grado sumo. Esto hizo que Enrique naciera en un medio donde todo era posible, oyendo hablar de reprobos que se variaban sin ayuda de nadie y cuyos contenidos hablaban ordenadamente por las escaleras de las torres del palacio, siguiendo un ritmo compás. Esta curiosa faceta del mundo familiar de su madre le dio, sin lugar a dudas, una capacidad limitada para el asombro y la curiosidad, ambos grandes acicates de la creatividad.

Imaginem, sólo imaginemos, a Enrique niño, escuchando mientras supe, entre tormentas de ropa que se le viene encima, sin dejar de reír, como en un juego donde Hitchcock aún no se hace presente.

Así lo vemos "para siempre" en actitud de desahogo, agitando los brazos como en la torre del palacio Mac Chare, renunciando al silencio con su risa y subiendo, subiendo.

Recordando a Enrique Lihn [artículo] Enrique Molleto.

Libros y documentos

AUTORÍA

Molleto, Enrique, 1922-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Recordando a Enrique Lihn [artículo] Enrique Molleto. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

Biblioteca Nacional Digital

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile